

OMRI CUANDO SE TIENE ÉXITO SIN TOMAR EN CUENTA A DIOS

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 16.23–28

El libre albedrío es un privilegio que se tiene en muy alta estima, y es, a la vez, una responsabilidad sobrecogedora. ¡Qué profunda es la idea de que Dios nos ha concedido la oportunidad de elegir nuestro carácter y nuestro destino! Este es un concepto tan cargado y tan lleno, de principio a fin, con implicaciones acerca de Dios, del hombre y de la vida, que sería difícil hallar otra verdad que lo iguale. Cuando Dios nos creó, Él puso en nuestros corazones el poder de excluirlo para siempre de nuestras vidas, si esto es lo que deseamos. ¡Nos dio el derecho de decirle «no» a Él, el Soberano Dios, que es el Creador y el Monarca del universo!

El libre albedrío y Dios

El don de la libertad implica que Dios ha elegido hacerse vulnerable a los pensamientos, decisiones y caprichos del hombre. Él deseaba hijos, no maniqués. Él desea que le adoremos porque esta es la elección amorosa que hemos hecho en relación con Él, un reconocimiento consciente de quién es Él, no porque nos vemos obligados a adorarlo en contra de nuestros deseos. Dios eligió exponerse al riesgo de ser rechazado, con el fin de que podamos tener la oportunidad de servirle porque hemos decidido que es justo y bueno actuar de ese modo. A esta disposición de Dios de dotar al hombre de libre albedrío, se le puede considerar Su condescendencia divina.

Dios nos dio una mente con la cual investigar,

analizar y elegir lo excelente, lo justo y lo bueno. Para hacer posible que nosotros pudiéramos elegir lo bueno, tuvo que hacer posible que nosotros pudiéramos elegir lo malo. Él permitió la existencia del mal con el fin de que el hombre pudiera, de su propia voluntad, hacer que exista el bien.

El libre albedrío y el hombre

El libre albedrío del hombre también ayuda a definir qué es el hombre, esto es, su naturaleza y su esencia. No es un robot, ni un animal sin sentido, sino un alma pensante hecha a imagen de Dios. Es un ser que puede pensar, amar y respetar; también es un ser que puede odiar, despreciar y rechazar.

La libertad del hombre no viene sin su precio, pues en última instancia él es responsable de sus pensamientos y acciones ante Aquel que lo creó. Dios asumió un riesgo al darnos esta libertad, pero nosotros también asumimos un riesgo al tenerla. Si elegimos rechazar a Dios y la verdad, tendremos que responder por las malas elecciones que hayamos hecho. El privilegio exige responsabilidad.

El libre albedrío y la vida

Dios sustenta a la humanidad aun cuando nos da la libertad de elegir. Si bien es un sustento que está delimitado por parámetros, el hombre puede hacer por un tiempo lo que le plazca, dentro de ellos. Podemos vivir llevados completamente por la energía de la carne, sin Dios, y en conflicto con Su voluntad, si así lo decidimos. Podemos vivir, respirar y ser lo que somos dentro de la esfera de vida

que Dios nos da. Aun cuando participamos de Su bondad en cada instante que vivimos, Dios no nos obliga a andar con Él. Durante el tiempo que vivimos sobre la tierra, podemos elegir vivir sin Él, sin reconocer la ayuda adicional que Él brinda y viviendo solamente con la fuerza humana que recibimos de Él.

Dios está activo en nuestra vida, está ansioso por mostrar Su poder a favor nuestro (2° Crónicas 16.9). Él anda con el justo para fortalecerlo y sustentarlo, pero aparta Su comunión del inicuo (Proverbios 28.9). Él lo entrega a la pura energía humana, o, como a veces decimos, al «brazo de la carne». En el corazón de cada persona hay un vacío que solamente Dios puede llenar, es un «hoyo que tiene la forma de Dios»; pero una persona puede elegir vivir sin jamás permitir que Dios llene ese vacío. Dios da bendiciones especiales al obediente para darle aliento, fuerza y ánimo; pero un hombre puede elegir vivir sin jamás recibir estas bendiciones especiales que provienen de la mano de Dios y que constituyen indicación de Su gracia y de Su aprobación.

¿Cómo es en realidad la vida de una persona que vive sin Dios? ¿Qué logros llega a alcanzar? Gracias a la libertad que Él nos ha dado, Dios ha permitido al hombre destacarse, hasta cierto punto, aun fuera del círculo de Su voluntad y de Su familia espiritual. Este permiso de vivir con cierto nivel de éxito, sin Él, es una demostración de la gracia y la bondad de Dios así como del alcance del libre albedrío que nos ha dado.

Omri constituye una ilustración de lo que es una vida de logros, en la cual Dios no fue tomado en cuenta. Estamos hablando del sétimo rey de Israel, que reinó del 885 al 874 a. C., período en el que hubo cuatro o cinco años de reinado dividido y seis o siete años en que él fue el único rey.¹ Él fue el fundador de la tercera dinastía, que duró tres generaciones y cuatro reyes. Era ciertamente el rey más capaz y más agresivo que hasta ese momento había tenido el reino del norte.

En el año treinta y uno de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Omri sobre Israel, y reinó doce años; en Tirsa reinó seis años (16.23).

¹ Se dice que Omri reinó doce años, dando comienzo su reinado durante el año treinta y uno de Asa, rey de Judá (1° Reyes 16.23), pero también se dice que en el año veintisiete de Asa, Zimri reinó siete días en Tirsa y que fue muerto por Omri cuando este tomó el trono (1° Reyes 16.15). Más adelante se dice que Acab comenzó a reinar durante el año treinta y ocho de Asa (1° Reyes 16.29). La nota en el sentido de que Omri comenzó a reinar en el año treinta y uno de Asa (1° Reyes 16.23) debe de referirse a su reinado como único rey, después de la muerte de Tibni.

Si hay algo especialmente evidente y que invita a reflexionar acerca de Omri, es que vivió su vida sin Dios. Alcanzó un éxito extraordinario, pero lo alcanzó por medio del brazo de la carne, no por medio de la fuerza divina. Constituye una ilustración de los elevados logros que uno puede alcanzar sin tomar en cuenta a Dios, debido al libre albedrío del cual Este dotó al hombre.

Usando a Omri como ilustración, eche una mirada a cuánto el legado de libre albedrío que Dios da al hombre, le permite a este hacer sin tomar en cuenta a Dios.

PODEROSA FUERZA

En primer lugar, Omri, en cuanto a la carne, en cuanto a energía humana, adquirió gran fuerza. Llegó a ser un reconocido soldado, respetado por su destreza en el campo de batalla incluso fuera de Israel. La habilidad que había desarrollado se destaca con dos palabras que usó el Espíritu Santo: «las valentías». Note estas palabras que forman parte del resumen de su vida que se presenta en 16.27:

Los demás hechos de Omri, y todo lo que hizo, y las valentías que ejecutó, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? (Énfasis nuestro.)

Aun con su enfoque pagano de la vida, es probable que Omri fuera el medio de salvar de la destrucción a la nación. Después de la muerte de Tibni, el vigoroso liderazgo de Omri produjo estabilidad a una nación que estaba desesperada. Debilitada por la división, Israel era vulnerable a los reinos arameos y asirios que estaban emergiendo y que habían llegado a ser potencias dominantes en las cercanías. Si la fuerte dirección de Omri no se hubiera manifestado en seguida en Israel, no hay duda de que la nación habría sido vencida. Este rey aportó una guía esencial.

Era tan poderoso el liderazgo de Omri, que los reyes asirios, Adad-nirari, Tiglath-pileser y Sargón se refirieron a Palestina como «la casa de Omri», y esto, un siglo después, cuando ya había pasado mucho tiempo de que había sido derrocada la dinastía de Omri. Era, sin duda, el soberano más capaz que Israel había tenido hasta ese momento.

No obstante, recuerde que la fuerza de Omri no era la fuerza del Señor, sino la de la carne. Es erróneo decir, como algunos dicen, que todo logro humano se produce por la fuerza del Señor. Dios lo permite, pero no necesariamente lo proporciona. Omri era fuerte, pero no en el Señor. David era fuerte en el Señor; pero Omri lo era en la carne. Esté

seguro de notar la diferencia.

Al mirar a nuestro alrededor hoy, podemos ver imperios que dominan el mundo, así como organizaciones exitosas y movimientos poderosos que se han levantado por la previsión, la energía y la incesante labor del hombre. Estos no provinieron de Dios, sino de la fuerza del hombre. El hecho de que alguien lleve un ejército a ganar una batalla, conduzca un equipo a la victoria o guíe un grupo a constituir una leyenda, no es prueba de que Dios esté con él. Todas estas cosas pueden hacerse sin buscar que Dios forme parte de ellas. Dios le ha dado a la gente cerebro, energías y libertad para hacer progresos sin tomarlo en cuenta a Él, si elegimos hacer así.

Hace algunos años, un destacado atleta era alabado a nivel mundial. Su nombre llegó a ser pan de cada día. Cuando jugaba, siempre ganaba. Se le calificó como «el mejor de todos los tiempos». Sus rivales le temían. Era como si la mano de Dios estuviera sobre él, y no podía perder. Con el tiempo, llegó a ser de conocimiento público el modo de vivir que él mantuvo durante sus «días de gloria». Se le conoció por sus pecados, su egoísmo y su crueldad para con los demás. Había experimentado el éxito gracias a la habilidad natural, la preparación y la sabiduría humanas, esto es, el brazo de la carne. Para hacerlo, no contó con la comunión con Dios ni con la guía especial de Este.

Así sucedió con Omri. Hizo progresos con la fuerza de la carne, aunque su espíritu y su corazón se encontraban en estado de desobediencia a Dios. Puede que la gente lo volviera a ver y dijera: «¡He allí un hombre verdaderamente bendecido por Dios!», pero en realidad, era un hombre que no gozaba de la compañía de Dios. Había recibido talentos y habilidades naturales, pero el testimonio de las Escrituras nos declara que era inicuo y que siempre estaba infringiendo la voluntad de Dios.

VISIÓN PRÁCTICA

Otra manera como Omri se destacó en la energía de la carne, la constituye el uso práctico que hizo de sabiduría y de visión. Cuando contemplaba la dirección que daría a la nación, decidió que era necesaria una nueva capital que fuera fácil de defender y más apropiada para la nación. Eligió a Samaria como la nueva sede. Desde los días de Jeroboam hasta los de Omri, se habían usado Siquem, Penuel y Tirsa como capitales, pero Omri reconoció que estas dejaban mucho que desear. Después de considerar las posibilidades, eligió un monte que pertenecía a uno llamado Semer, monte al cual llamó «Samaria», que probablemente

significaba «monte fortificado».

Y Omri compró a Semer el monte de Samaria por dos talentos de plata, y edificó en el monte; y llamó el nombre de la ciudad que edificó, Samaria, del nombre de Semer, que fue dueño de aquel monte (16.24).

El monte de Samaria se ubicaba a once kilómetros al noroeste de Siquem. Alcanzaba los noventa metros de altura y estaba rodeado por otros montes, que obligarían a potenciales enemigos a atacar cuesta arriba desde cualquier ángulo. También, tenía una ubicación estratégica, debido a que contaba con rutas comerciales que corrían de norte a sur.

La historia confirmó la visión y la sabiduría de Omri al elegir este sitio como capital. Samaria siguió siendo estimada como capital favorita hasta el final del reinado del norte en el 722 a. C.

Los santos no tienen el monopolio de la sabiduría. Muy a menudo, un pagano usa su cabeza y toma una decisión acertada que tiene repercusiones para el bien de la sociedad y de la nación. No obstante, el hecho de que tome decisiones sólidas no constituye por sí solo una prueba de que Dios esté con él. Puede que solo signifique que usa el buen juicio que Dios le dio para la toma de una buena decisión. Cuando se toman buenas decisiones, por lo general se producen buenos resultados.

He conocido padres que eran paganos, pero que hacían elecciones bastante buenas acerca de la crianza de sus hijos. Elegían pasar tiempo con sus hijos, elegían proteger la salud de estos y elegían proveer para su futuro; sin embargo, vivían una vida que no tomaba en cuenta a Dios.

En un programa de televisión se presentó una vez una familia que se había reunido para su cena del día de Acción de Gracias. Era un hogar típico de la clase alta, en el que se respiraba una atmósfera de amor, acogida, aceptación, paz y compañerismo. Parecía tener todo lo que cualquier persona desearía en un hogar. Cuando se disponían a comer, el padre de familia pidió a cada uno que mencionara algo por lo que estuviera agradecido. Uno tras otro de los que estaban alrededor de la mesa, expresó su gratitud. Sin embargo, faltaba una idea: no se mencionó a Dios. Esta familia no dio gracias a Dios. Esto debería destrozarse su corazón. Es una escena que se observa muy a menudo. Todo está allí: casa, familia, comida, entretenimiento y calor, ¡pero es una vida sin Dios!

Omri era aparentemente un hombre inteligente. Previó lo que convenía a la nación. Tomó algunas buenas decisiones. No obstante, había un terrible

lunar en su vida: Vivía completamente sin Dios. El apoyo que lo mantuvo lo constituyeron únicamente las manos del hombre, no los brazos eternos de Dios.

PERMANENTE REPUTACIÓN

Aun otro logro obtenido por Omri, sin tomar en cuenta a Dios, fue la reputación. Gozó de una popularidad que muy pocos alguna vez alcanzan. El nombre de Omri no solo fue venerado en Israel, sino que también fue respetado en otras naciones, durante los años que vinieron.

Es el primer rey judío a cuyo nombre se hace alusión en las *inscripciones asirias*, al mencionársele dos veces, por nombre, en la Piedra Moabita. El 19 de agosto de 1868, un misionero alemán acampaba cerca de las ruinas de la antigua ciudad moabita de Dibon. Un jeque le dijo que a menos de diez minutos a pie de su tienda, se encontraba una piedra con inscripciones. Al llegar al sitio, encontró una tableta de basalto negro, que yacía sobre su cara posterior; esta medía poco más de un metro de alto por sesenta centímetros de ancho, tenía un grosor de veinticinco centímetros, y el borde superior era redondeado formando casi un semicírculo. Más adelante se descubrió que la inscripción era de treinta y cuatro líneas de extensión.²

Después de mucho esfuerzo y desconcierto, y de impresiones hechas de la piedra, con el tiempo se lograron hacer traducciones. En las líneas cinco y siete se hace referencia a Omri de nombre. Escritas por Mesa, rey de Moab, las líneas grabadas sobre la piedra, dicen así de Omri:

Omri era rey de Israel y oprimió a Moab durante muchos días...

... Ahora Omri había tomado posesión de todo el país de Madaba y había habitado allí durante sus días y la mitad de los días de sus hijos (o su hijo), cuarenta años...³

De Mesa, el rey Moabita que escribió la inscripción sobre la piedra, se hace referencia en 2º Reyes 3.4:

Entonces Mesa rey de Moab era propietario de ganados, y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y cien mil carneros con sus vellones.

Con la inscripción sobre la piedra, Mesa estaba jactándose. Su padre había sido derrotado por Omri, pero Mesa pudo recuperar la tierra que su

padre había perdido. Mesa se gloriaba en el hecho de que había podido tomar de nuevo el territorio. La piedra se inscribió a finales del reinado de Mesa, que habría sido después de la muerte de Acab. La piedra muestra cuán fuerte fue Omri durante su reinado. Ella testimonia que Omri fue capaz de constituir un ejército con soldados de su tierra, a pesar de que muy recientemente había sido debilitado por la insurrección, y fue un ejército de suficiente tamaño para derrotar una tierra con el estatus de Moab. Esto significa que era una persona capaz, no solo para mantener la tierra que tenía, sino también para hacerla más grande. La forma como se jactó Mesa sería algo así como decir: «¿Conocen ustedes al hombre que es el mayor de todos? Yo recuperé la tierra que él había tomado. Esto significa que yo soy verdaderamente grande, ¡más grande que el mayor de todos!».

Sí, Omri llegó a tener reputación en medio de Israel y en medio de las demás naciones, pero lo logró sin tener comunión con Dios. La Biblia no se anda con rodeos para referirse a su condición espiritual. Dice que fue más inicuo que todos los que le precedieron.

Y Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, e hizo peor que todos los que habían reinado antes de él; pues anduvo en todos los caminos de Jeroboam hijo de Nabat, y en el pecado con el cual hizo pecar a Israel, provocando a ira a Jehová Dios de Israel con sus ídolos (16.25-26).

Arregló el matrimonio de su hijo Acab con Jezabel, lo cual hizo probablemente con el fin de confirmar un pacto entre su nación y Tiro, un casamiento que causaría aflicción a Israel en los años que vendrían. Esto es lo que se dice de Acab:

Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró (16.31).

Omri anduvo sin Dios, y su hijo fue influenciado por su conducta.

CONCLUSIÓN

Omri fue uno de los reyes más grandes de Israel. Mantuvo unida a la nación, dio a esta un ejército permanente de probada efectividad, y la benefició con publicidad internacional. Tenía fuerza, visión y reputación. No obstante, todo este éxito fue carnal, es decir, no trascendió el ámbito de lo material; sencillamente fue el resultado de un esfuerzo humano.

La dinastía que él fundó, superó a todas las que le precedieron, en cuanto a iniquidad, y las superó

² John D. Davis, "Moabite Stone" («La Piedra Moabita»), *Davis Dictionary of the Bible (Diccionario Davis de la Biblia)*, ed. rev. (s. l.: Trustees of the Presbyterian Board of Publication and Sabbath School Work, 1898; reimpresión, Nashville, Tenn.: The Varsity Company, 1973), 530.

³ *Ibíd.*

al grado de que la expresión «los mandamientos de Omri» se convirtió en una frase con la cual se designaba un estilo de vida opuesto a la ley de Jehová. Más adelante, en los tiempos de Miqueas, cuando se deseaba reprender a alguien por su conducta errada, se le decía: «Vives según los mandamientos de Omri». En Miqueas 6.16, dice: «Porque los mandamientos de Omri se han guardado, y toda obra de la casa de Acab; y en los consejos de ellos anduvisteis...».

Omri heredó el trono a su hijo en el año treinta y ocho de Asa, rey de Judá. No es mucho lo que se puede decir de él. Cuando de la muerte de alguien se trata, lo que nos gustaría decir es que pasó a la presencia de Dios o algo parecido, pero en el caso de Omri no hay nada en ese sentido que se podría decir. ¿Qué se puede decir de alguien que vivió sin tomar en cuenta a Dios? Solo tres cosas: murió, fue sepultado y su hijo llegó a ser rey en lugar suyo.

Y Omri durmió con sus padres, y fue sepultado en Samaria, y reinó en lugar suyo Acab su hijo (16.28).

La vida y la muerte de Omri constituyen un mudo testigo de una gran verdad, y esta es que todo éxito que se obtenga en una vida que no toma en cuenta

a Dios, es un éxito en vano, un éxito que no tiene sentido, un éxito que a fin de cuentas es inútil. Debido a la libertad que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros, podemos optar por vivir una vida en la que Él no esté presente, una vida en la que pensemos, hagamos y digamos lo que nos venga en gana. No obstante, si optamos por vivir tal vida, experimentaremos un vacío que solo Dios podría haber llenado. La providencia de Dios no nos cubriría del modo especial que solo a los hijos cubre. Sobre todo, nuestra vida sería declarada un completo fracaso, al comparecer delante del Supremo Juez, cual sea el éxito que hubiéramos obtenido sobre la tierra. En este mundo podemos lograr cierto grado de éxito sin tener en cuenta a Dios; sin embargo, si no tenemos comunión con Él, no podremos vivir según Sus propósitos. Si andamos sin Él en esta vida, andaremos muchísimo tiempo sin Él en la eternidad.



***Lección a ser aprendida:
Uno puede tener cierta medida de
éxito, sin tomar en cuenta a Dios,
pero será un éxito vano e infructuoso.***

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados